

"El senador no es honorable"

Sergio Vodanovic ha escrito en su obra una punzante ironía política, género evocador de algunos nombres del siglo pasado y de todo el teatro de tesis, tan descarado en la sátira social.

Vodanovic presenta un hogar de la alta burguesía santiaguina. Es el hogar de los Cruz. El jefe, distinguido político, espejo de sana moral ciudadana, senador de la República, ha fallecido. El patrio vive en el recuerdo como ejemplo de conducta. El hijo, heredero de esas virtudes morales, heredará también el sillón senatorial.

Por una serie de circunstancias, Lorenzo Cruz se entera de que aquella honestidad, aquel decoro eran sólo aparentes. El padre ocultaba con manejos hábiles y bajo capa de respetabilidad sus sucios negocios. El hijo, educado según los rigores de un código de honradez estricta, ante la terrible revelación opta por renunciar al cargo político que se le ofrece. Ello supondrá el escándalo, el derrumbe del prestigio del padre, el deshonor del hogar; en suma, el desarme de todo un artificio que las convenciones, los intereses creados y la moral ficticia han levantado sobre bases espurias.

El conflicto mana de dos corrientes antagonicas. ¿Seguirá Lorenzo —como parece— los dictados de su conciencia? ¿Acatará, por el contrario, la voz de las conveniencias "sociales", sumándose al corro de los cínicos?

He ahí el cuadro cuyo desenlace no hemos de revelar al posible espectador.

Sergio Vodanovic ha escrito un primer acto con notable habilidad. Se desarrolla esta primera jornada ante el interés del público que la sigue prendido de las palabras de los actores. Abundan las ironías, las frases punzantes, las expresiones de zaherimiento, la mordacidad y el sarcasmo: "Yo no sé para qué sirve la doctrina en la política", "La acción es una cosa, la doctrina otra", dice un personaje. Otro defiente lo tangible y lo positivo y los sitúa sobre el ideal.

Ha sabido mantenerse el autor en un lenguaje de encomiable eficacia teatral, aun cuando a veces notamos cierta tendencia hacia lo discursivo, peligro inherente a las piezas sostenidas por un designio moralizante.

A nuestro modo de ver "El senador no es honorable" podría calificarse de obra meritísima si Vodanovic hubiera obrado con mayor picardía. La arquitectura

dramática no es un capricho de la retórica. La división en actos responde a una necesidad interior que propende a buscar el mayor interés en el desarrollo y a darle un ritmo creciente.

Cuando cae el telón en el primer acto, el espectador del drama que nos ocupa lo sabe ya todo. Debería cortarse el acto —según creemos— en las escenas del ofrecimiento de la senaturía y dejar el rechazo para el segundo, aumentando así la expectación y el "suspense" en el público. Aun cuando este público conoce ya tales razones, el efecto es distinto.

Debido a esa hipertrofia de la dosificación, los actos segundo y tercero caen en la necesidad de repetir situaciones. En ellos se estanca el interés y, lejos de asistir a la progresión y aumento sucesivo de los efectos dramáticos, el espectador escucha discursos.

El director de la obra ha cometido —a mi modo de entender— un grave error al aceptar el retrato del senador Cruz que figura en la escena. No se tome este detalle por baladí. Dicho retrato representa un elemento primordial, pues a él se dirigen a menudo los actores, señalanlo y lo invocan como ejemplo, de tal modo que el espectador ha de mirarlo detenidamente. Pues bien, esta obra es un "bodio" repulsivo, un cuadro carente de toda cualidad artística. Estamos en un salón de la alta burguesía y entre los muebles "capitonés",

entre los cortinajes, la consola y el velador, la imagen deplorable disuena y rompe la total armonía produciéndose una cierta confusión psicológica y la ruptura de la atmósfera de "realidad".

Reproches éstos que no impiden reconocer los valores positivos de una obra dinámica, intencionada, bien construída y, sobre todo, revelación de un autor dotado de virtudes potenciales para hacer de las ideas un trozo de realidad escénica.

Los personajes creados por Vodanovic encontraron en general intérpretes inteligentes que supieron animarlos de vida. Jorge Alvarez, Jaime Celedón y Justo Ugarte nos parecieron los más acertados. Sylvia Infantes en su papel de Alicia rompió a veces la necesaria naturalidad y cayó en la voz y en las actitudes artificiosas. Gabriela Montes fué víctima de un personaje de

psicología escasamente convincente. Piénsese, por ejemplo, en la rapidez con que se adapta a la situación de engaño y de la moralidad. Alberto Rodríguez incurrió en lo recitativo. Mario Rodríguez, Mario Montillos y Marina Viel actuaron con discreta ponderación. Mario Rodríguez en su papel de secretario supo señalar los dos planos de su actuación. Es decir, la actitud servil ante los señores y la desenfada ante Beatriz, la doncella. Son éstos detalles minúsculos en la apariencia, pero que contribuyen a valorizar una obra. Si señalamos el rasgo ominoso del cuadro no debemos ignorar éste.

La puesta en escena nos pareció eficaz en la creación de la atmósfera psicológica que caracteriza al hogar de los Cruz.

Bien la dirección de Hernán Letelier, aun cuando pudo corregir cierta tendencia general de los actores al engolamiento y elocuencia.

Crítico.